

AMOR PASADO

por Víctor Manuel Leites

Personajes:

El Hombre	Casi sesenta años
La Mujer	Veinticinco años
La Joven	Veinte años

Horacio Quiroga nació en Uruguay el 31 de diciembre de 1878, radicándose en Argentina en los primeros años del siglo XX. En 1909 se casó con Ana María Ciré, alumna suya en el Colegio Normal de Buenos Aires, radicándose en San Ignacio en la Provincia de Misiones. De este primer matrimonio nacieron dos hijos -Eglé y Darío- culminando trágicamente con el suicidio de Ana María en 1915. Quiroga retornó a Buenos Aires y once años más tarde conoció a Ana María Bravo, condiscípula de su hija Eglé, con quien se casó en 1927. A disgusto en Buenos Aires y con dificultades en su empleo en la Embajada Uruguaya, se instaló nuevamente en San Ignacio con su familia. En 1936 María Elena Bravo lo abandonó regresando a la capital. A los pocos meses le siguió un Quiroga ya enfermo para internarse en el Hospital de Clínicas. Cuando su mal se le revela incurable se suicida, en Febrero de 1937, a los cincuenta y nueve años.

La presente obra teatral lógicamente es una ficción, si bien está basada en sus cartas y datos biográficos soterrados en sus cuentos, donde se revela el artista con sus luces y sombras. Condición creadora y singular no siempre bienvenida con la vida cotidiana del ser humano corriente, cuestión que más de una vez y con angustia, se planteó el propio escritor.

ESCENA I

EL HOMBRE ESCRIBE EN UNA MÁQUINA ANTIGUA Y DESVENCIJADA FRENTE A UN PEQUEÑO ESCRITORIO. VISTE CAMISA Y PANTALONES BLANCOS, ZAPATILLAS DE TENIS DEL MISMO COLOR. EN OTRO EXTREMO DEL ESCENARIO, VESTIDA CON SENCILLEZ A LA MODA DE LOS AÑOS TREINTA, LA MUJER ACOMODA SOBRE UNA SILLA UNA MALETA. ESTÁ ABSORTA EN SU TAREA Y AJENA AL TIEMPO Y LUGAR EN QUE EL HOMBRE, DESGASTADO POR LOS AÑOS, ESCRIBE. DESDE ALGUN LUGAR LLEGAN VOCES DE UN CORO ENTONANDO EL "VA, PENSIERO" DE VERDI. EL HOMBRE DETIENE SU TRABAJO, PENSATIVO, ESCUCHANDO Y LUEGO COMIENZA A LEER EL PAPEL AÚN EN EL RODILLO DE LA VIEJA MÁQUINA.

EL HOMBRE- Querido amigo: desde hace por lo menos treinta años no escribo a varón alguno cartas tan confidenciales. Si en la caída de la vida

los amigos son indispensables, en mal estado de salud forman parte de la propia, misma vida... Hablarle así, francamente, es hoy uno de mis pocos desahogos. Es de noche y hoy tengo suerte: cantan el "va pensiero" de Verdi. No sé si por conformación sentimental o por la fuerza de los recuerdos de la infancia, yo me hallo siempre a gusto con Verdi... PAUSA, ESCUCHA "...id pensamientos / sobre las alas doradas... / pasad, no debéis permanecer..." CON GESTO CANSINO SACA EL PAPEL DE LA MÁQUINA MIENTRAS SE INCORPORA CON CIERTA DIFICULTAD.

LA MUJER- Se me puede reprochar cualquier cosa menos mala voluntad; siete años es más que suficiente. Aquí, a mil kilómetros de mi gente y de lo que me gusta. ¡Siete años al borde de la selva y como gran cosa, a treinta cuabras de un pueblo de mala muerte...!

EL HOMBRE- RECURRIENDO CADA VEZ MENOS A LA LECTURA DE LA CARTA- Soy un escritor famoso, pero si hubiera tenido que vivir solamente con lo ganado en mi profesión ya me habría muerto de hambre... Pero ya no escribo, amigo, y creo que no escribiré más. De proponérmelo sería capaz de componer relatos como los mejores que he escrito. ¡Ciento noventa y tantos! Una enormidad para un hombre solo. Más todavía. Si le agregarnos el doble de artículos periodísticos más o menos literarios...

LA MUJER- PROSIGUE ARREGLANDO LENTAMENTE SU MALETA HABLANDO CONSIGO MISMA- Cuando en Buenos Aires decidiste abandonar tu cargo en el consulado y mudarnos para aquí, no me pareció mal. "Cien y pico de hectáreas tienen que dar para vivir" dijiste "y lo demás puede venir de las publicaciones". Y me pareció bien; vine tranquila y confiada. ¿Por qué no? Al fin y al cabo, pensé, ya habías vivido en San Ignacio por años, cuando tu primer matrimonio.

EL HOMBRE- No hay profesión más dura que la de escribir. Uno escribe porque ha nacido para eso. Porque tiene algo que decir y cuenta su propia vida a través de los protagonistas que inventa. Quien nace escritor lo es para toda la vida...

LA MUJER- Cuando vinimos teníamos casa nueva. La vieja, de madera, había quedado como taller. Recuerdo la primera vez que vi los enormes ventanales al río y la gran estufa hecha durante el verano, cuando todavía vivíamos en Buenos Aires. ¿Y el agua caliente? Agua caliente aquí, al borde de la selva... No podía dejar de reírme cuando veía la cara de las visitas... cuando venían.

EL HOMBRE- Pero hay otras cosas en la vida que despiertan vocaciones tan fuertes y duraderas como las artísticas. Yo, por ejemplo, también

soy un hombre de acción. Siento la violencia primitiva de hacer, construir y mejorar mi casa. Me gusta la vida agreste, el campo, la agricultura. Así es, amigo, yo me siento tan digno escarbando la tierra como escribiendo. Y si ya no escribo no crea que renuncié a nada. Simplemente, después de unos años, elegí otra cosa: trabajar la tierra.

LA MUJER- ¿Y el parque? Todo el mundo tiene que ver con nuestro parque: los lapachos florecidos, los bambúes malayos desbordando la meseta y las orquídeas colgando de las palmeras. ¿Y cuando se asoman al barranco y ven el Yabebirí corriendo allá abajo? ¡Imponente! Dicen... Y es imponente, lo reconozco... pero yo no puedo seguir viviendo aquí.

EL HOMBRE- Lo que sucedió, amigo, es lo que sin duda usted ya conocía: desentendimiento sentimental en casa que fue, forzosa y fatalmente a una solución amarguísima. El poco gusto de mi mujer por el campo, ya exasperado en los últimos tiempos, se volvió irresistible- cosas de su edad- de su extrema juventud o de su temperamento. Pero ella no se encontraba en San Ignacio y yo no me encontraba en Buenos Aires...

PAUSA.

ESCENA II

ABRUPTAMENTE CESA EL CORO Y EL HOMBRE SE DIRIGE POR VEZ PRIMERA A LA MUJER.

EL HOMBRE- ... No queda otra solución que la separación o el divorcio.

LA MUJER- DIRIGIÉNDOSE A ÉL- No quiero separación, ni divorcio. Solo te pido voluntad para entenderme. Solo quiero salir de aquí. Lo sabés bien. No aguanto más.

EL HOMBRE- Si te vas otra vez a Buenos Aires, tiene que ser para siempre. Mi mujer tiene que vivir aquí, conmigo, en nuestra casa.

LA MUJER- Entonces, vámonos juntos.

EL HOMBRE- Nada tengo que hacer allá. Todo lo que tengo está aquí, en San Ignacio.

LA MUJER- Estás enfermo; te aconsejaron operarte, cuanto antes...

EL HOMBRE- Puede esperar, no es grave.

LA MUJER- Podés tratarte allá y después volver.

EL HOMBRE- No puedo mantener dos casas.

LA MUJER- Volverías a escribir para los diarios.

EL HOMBRE- ¡Ilusiones!

LA MUJER- Tienes amigos, políticos...

EL HOMBRE- Como no: honestos y cultos.

LA MUJER- Y que ya te ayudaron una vez; ellos pueden, si vos les pedís...

EL HOMBRE- "Podían" pero ya no.

LA MUJER- Será así, pero yo no estoy dispuesta a enterrarme en vida.

EL HOMBRE- Te salís de cauce, como siempre.

LA MUJER- No me menosprecies.

EL HOMBRE- Entonces no exageres. No digas disparates.

PEQUEÑA PAUSA

LA MUJER- Estoy harta de la pobreza, la soledad, de la gente obsesionada por el tiempo y las cosechas. Me tienen harta los peones, que solo hablan guaraní y nunca miran a los ojos.

EL HOMBRE- Lo dicho: exageraciones y disparates.

LA MUJER- ¿Exageraciones los veranos que derriten los naranjales?
¿Disparate los diluvios del invierno? Y nada dije de los tábanos que te agusanan la piel, ni de los bichos que invaden la casa al menor descuido.

EL HOMBRE- Hay otras cosas también...

LA MUJER- Por supuesto que hay otras cosas. Pero aquello es lo mío. Lo demás, la casa, el parque, el jardín, las herramientas, los libros... ¡hasta el río Yabebirí es tuyo porque navegás en él! Pero ¿cuál es mi lugar en todo esto?

EL HOMBRE- Cuando viniste aquí, lo sabías.

LA MUJER- Cuando vine, tenía veinte años y creía saberlo. PAUSA. Ahora, hasta hablar contigo me cuesta. Te vas al monte por días enteros...

EL HOMBRE- Siempre lo hice.

LA MUJER- No es igual. Antes, cuando salías, hasta aquí llegaba el ruido del hacha o el estampido del rifle. Ahora, nada interrumpe el silencio. Solo a veces el viento trae el ladrido de alguno de tus perros... Ah, no, ya basta... tengo que irme de aquí.

EL HOMBRE- Nadie abandona su casa solo por eso.

LA MUJER- Pues de aquí se fueron hasta tus hijos.

EL HOMBRE- Son jóvenes y nada tenían que hacer aquí.

LA MUJER- Pues yo también lo soy.

EL HOMBRE- Pero tenés obligaciones. Y la principal es vivir conmigo, en nuestra casa...

LA MUJER- ¡Contigo, sí! ¡Pero no aquí! No quiero terminar como tu primera mujer.

EL HOMBRE- No podés compararte.

LA MUJER- Las dos nos hartamos de la misma situación.

EL HOMBRE- ¡No exactamente!

LA MUJER- ¡Vivían peleando!

EL HOMBRE- ¡Cuando no sabés, inventás!

LA MUJER- Los vecinos escuchaban los gritos.

EL HOMBRE- Chismes de vecindario, debí suponerlo. GIRA PARA IRSE

LA MUJER- Pero en algo tenés razón: no puedo compararme. Yo estoy segura de sobrevivir.

EL HOMBRE- ¿Qué querés decir?

LA MUJER- Que nunca me aclaraste porque se mató. En todos estos años que vivimos juntos, no te merecí un comentario, una explicación.
EL HOMBRE- Nada tengo que aclarar a nadie. Entendolo bien: no le debo explicaciones a nadie. SALE.
LA MUJER- SOLA. COMIENZA A CERRAR SU MALETA.- Nadie dice que tengas obligación de dar explicaciones... Pero que una muchacha se mate a los veinte años, abandonando dos hijos chicos, merece una explicación... En todos estos años, nadie te escuchó nunca ni siquiera una palabra. Como si hubieras nacido después que ella. Sólo una vez se te escapó, cuando pasaste frente al cementerio del pueblo... "Está enterrada allí" dijiste. "¿Visitaste su tumba?" "Jamás" fue tu respuesta, y no se hable más del asunto... SUSPIRA, ENSIMISMADA-... Dieciseis años, apenas... pobre criatura.

ESCENA III

EN EL ESPACIO DONDE ANTES ESTABA LA MUJER AHORA ESTA LA JOVEN, TAMBIEN HACIENDO UNA MALETA, VESTIDA A LA MODA DE LA PRIMERA DÉCADA DEL SIGLO. LA SECUNDA EL HOMBRE LUCIENDO UN PORTE JUVENIL Y ERECTO, HACIENDO ACOPIO DE PACIENCIA ANTE EL INCESANTE IR Y VENIR DE ELLA.

LA JOVEN- ¡Ay... las botas! ¿Dónde habré dejado las botas? No puedo viajar sin botas.
EL HOMBRE- ¿No podrías tranquilizarte?
LA JOVEN- No puedo ir sin botas a Iviraromí, vos mismo lo dijiste.
EL HOMBRE- Yo no dije eso.
LA JOVEN- ¿¿Que no..?!
EL HOMBRE- No dije "Iviraromí", dije San Ignacio. El pueblo se llama San Ignacio.
LA JOVEN- REINICIANDO LA BÚSQUEDA- No mientas: dijiste Iviraromí.
EL HOMBRE- Dije que los guaraníes lo llamaban Iviraromí.
LA JOVEN- Me gusta Iviraromí; es-es más romántico.
EL HOMBRE- Me hacés reír. ¿San Ignacio romántico?
LA JOVEN- I-vi-ra-ro-mí... Parece una canción. ¡Lo primero que haré será aprender guaraní!
EL HOMBRE- Difícil que te lo enseñen.
LA JOVEN- Habrá libros.
EL HOMBRE- No hay libros. Es una lengua sin escritura.
LA JOVEN- ¡Donde se ha visto una lengua sin escritura!
EL HOMBRE- Si te quedaras quieta un minuto, yo te podría explicar.
LA JOVEN- SIN DAR MUESTRAS- Te escucho...
EL HOMBRE- San Ignacio es un pueblito de mala muerte...

LA JOVEN- ENCONTRANDO SUS BOTAS- ¡Aquí están! ¿Qué me dices?
Las encontré...

EL HOMBRE- Tenés que hacerte a la idea que solo encontrarás cuatro o cinco
casas de ladrillo...

LA JOVEN-... ayudame a acomodar estas malditas botas....

EL HOMBRE-... un almacén y un bar, un embarcadero y algunos ranchos de
paja y terrón...

LA JOVEN- ... ay, tengo miedo que no quepan...

EL HOMBRE- IMPACIENTÁNDOSE- ¡Y eso es todo San Ignacio! ¿Me
escuchaste?

LA JOVEN- No me grite, profesor.

EL HOMBRE- No me digas profesor; ya no soy más tu profesor.

LA JOVEN- RIENDO- Creeme que lo lamento. ¡Extraño la cara de envidia de
mis condiscípulas!

EL HOMBRE- Te estoy hablando de San Ignacio y quiero explicarte lo de la
chacra.

LA JOVEN- También lo sé, prof... ¡Somos terratenientes!

EL HOMBRE- SONRIENDO- Apenas unas hectáreas de monte y roca, que
todavía tenemos que despejar para cultivarlas.

LA JOVEN- LUCHANDO CON LA MALETA- ¡Já! ¿Y que más queremos?
Tierra y casa...

EL HOMBRE- Bueno, casa todavía no. Casilla y de madera; no sé si habrá sitio
para todo lo que llevás.

LA JOVEN- Está bien, profesor, nos amaremos al calor de la estufa.

EL HOMBRE- Tampoco hay estufa; tengo que hacerla.

LA JOVEN- Me conformo con oír caer la lluvia sobre el techo.

EL HOMBRE. - Es de paja... provisorio, pero después será de madera.

LA JOVEN- No hay duda: querés fastidiarme.

EL HOMBRE- Quiero que veas la realidad.

LA JOVEN- Y la veo. Una meseta sobre el río, una casita y el hombre que
quiero.

EL HOMBRE- No te olvides de las sequías y los diluvios.

LA JOVEN- También hay coatíes, garzas y cigüeñas.

EL HOMBRE- Inundaciones, incendios, heladas...

LA JOVEN- ... patos salvajes, pájaros en bandadas...

EL HOMBRE- ... moscas, tábanos y mosquitos...

LA JOVEN- ¡Para eso llevamos mosquiteros!

EL HOMBRE- CON FRUICCIÓN CRECIENTE- ¡Já... y también
sanguijuelas, alacranes, ratas y arañas así de grandes!

LA JOVEN- VACILANDO- ¿A-arañas? ¿También arañas?

EL HOMBRE- ¡San Ignacio es el paraíso de las arañas! Y no te digo de los
lagartos, sapos viscosos, serpientes y víboras...

LA JOVEN- ¡Vi-víboras! ¡También víboras!

EL HOMBRE- ¡Y que víboras! ¡Untuosas, largas y ondulantes! ¡Lengua bifurcada, colmillos de este tamaño y ojitos rojos que no dejan de mirarte fijos... amenazantes!

LA JOVEN- ¿Y-y... pican?

EL HOMBRE- RIENDO- ¿Qué si "pican"? Ya lo verás... ya lo verás.

LA JOVEN- ¡Ave María!

EL HOMBRE- Pero en ese ambiente tenemos aliados: los perros.

LA JOVEN- ¡Perritos... por fin! ALIVIADA, VUELVE A SU MALETA.

EL HOMBRE- ENTUSIASTA- Perros foxter, ágiles y vibrantes, dispuestos a todo con tal de cazar bichos...

LA JOVEN- Menos mal...

EL HOMBRE- ... cara mitad blanca, mitad negra, cola cortada, trepan a los árboles como tigres persiguiendo a su presa ¡y hasta comen serpientes y víboras!

LA JOVEN- HORRORIZADA- ¿Vivas? ¿Las comen vivas?

EL HOMBRE- De ninguna manera... Las muerden en el espinazo, las sacuden y las tiran lejos, despanzurradas...

LA JOVEN- ¡Ahh...!

EL HOMBRE- ... y cuando se retuercen, con las tripas al aire, ahí si, se las comen!

LA JOVEN-ASQUEADA- ¡Basta... aajj!

EL HOMBRE- RIENDO- Como ves, San Ignacio no es muy "romántico".

LA JOVEN - Te estás riendo de mí. Me fastidias que no me tomes en serio.

EL HOMBRE- ABRAZÁNDOLA- No te enojés; solo intento mostrarte la realidad, ser honesto contigo. San Ignacio no puede ser romántico.

LA JOVEN- Está bien: San Ignacio es la realidad.

EL HOMBRE- Así me gusta: que la aprecies...

LA JOVEN- RIENDO- ¡Pero Iviraromí sí que es romántico!

EL HOMBRE- ¡Bien me parecía...!

LA JOVEN- Pero aunque no lo fuera, igual me iría con usted.

EL HOMBRE- Ya verás, será la gran aventura.

LA JOVEN- ABRAZÁNDOLE- ¿Por dónde empezaremos, profesor?

EL HOMBRE- Por crear, por hacerlo todo, porque nada o muy poco hay.
¡Pero serás la reina de Iviraromí!

LA JOVEN- Por fin lo dijiste: Iviraromí.

EL HOMBRE- Haremos un paraíso, ya lo verás.

LA JOVEN- ¿Para mí, profesor?

EL HOMBRE- Será como al comienzo del mundo, niña mía.

LA JOVEN- Y yo seré la reina, lo dijiste.

EL HOMBRE- Con una sola condición.

LA JOVEN- Todo sea por la corona.

EL HOMBRE- No habrá regreso.

PAUSA- SE BESAN

LA JOVEN- Me quedaré en Iviraromí, profesor. Me quedaré para siempre.

ESCENA IV

LA MUJER- SOLA AL LADO DEL PEQUEÑO ESCRITORIO LEE UNA DE LAS TANTAS HOJAS ESCRITAS QUE HAY SOBRE ÉL.- Ya solo escribo cartas a los amigos. Al verso, a la prosa va a desembocar el sobrante de nuestra tolerancia psíquica. La literatura o el amigo fiel ejercen de pararrayos a estas cargas de alta frecuencia que nos desordenan, que hacen de nuestra vida cotidiana un castigo inmerecido para nuestros familiares... que hacen pensar, también, en el desorden psíquico como peligrosa frontera del arte... Desde hace un tiempo lo que recuerdo a cada instante no es la mujer con la que hoy no nos entendemos, sino la de antes, y la época en que nos amarnos. Y le voy a hacer una confesión: en estos días he andado reclinado a un espectro. Una aparición. Mi primera mujer, muerta hace ya más de veinticinco años. Como el fantasma de Inés en la obra teatral de Ibsen, cuando se le aparece a su marido, Brand y le dice...

ESCENA VI

LA JOVEN- EMERGE DESDE LA SOMBRA EN UN EXTREMO DEL ESCENARIO, VESTIDA COMO AL COMIENZO, PARODIANDO CIERTA VOZ DE ULTRATUMBA-" Todo ha sido un mal sueño... ¡Olvídalo todo y vente conmigo! "

EL HOMBRE- INTRANQUILO- ¡Ah, eso sí que no! Hay que aguantarse. Cada uno debe cumplir con su destino hasta el último día.

LA JOVEN- SENTADA INFORMALMENTE EN EL PISO ENCIENDE UN CIGARRILLO. AHORA OSTENTA UN AIRE MUNDANO Y ESCÉPTICO, COMO DE ALGUIEN A QUIEN EL TIEMPO Y LAS CIRCUNSTANCIAS LE HAN DADO UNA SABIDURÍA SOBREHUMANA- La vejez es solo soportable con un ideal o con un vicio.

PEQUEÑA PAUSA.

EL HOMBRE- Eso lo dije o lo escribí yo, en alguna parte.

LA JOVEN- Por supuesto, profesor. Yo no puedo decir nada que usted no haya dicho o pensado antes. Esta criatura existe solo porque usted se digna recordarla. Cuando hablo, cuando opino es porque usted reflexiona en voz alta. Y si acaso le discuto o lo contradigo es porque usted, faltaba más, arrepentido, se cuestiona a sí mismo.

EL HOMBRE- Nada tengo de que arrepentirme.

LA JOVEN- De tu severidad y exigencia, en primer lugar.
EL HOMBRE- Lo soy conmigo.
LA JOVEN- Y de tu egoísmo; principalmente de tu egoísmo.
EL HOMBRE- Otro disparate. Nunca fui egoísta.
LA JOVEN- Pusiste tu obra por sobre todas las cosas.
EL HOMBRE- Ah... estás hilando muy fino. ¿Cómo lo sabés?
LA JOVEN- Eh, me costó una "eternidad"... pero ahora lo sé. Y sé más todavía: escritores, músicos, actores, todos son iguales.
EL HOMBRE- No puede ser egoísta quien da lo mejor que tiene.
LA JOVEN- ¿Y quien decide que es "lo mejor"? Ofrecías un paraíso y como para vos estas tierras lo eran, tenía que serlo para todos ¡y cuidadito con protestar!
EL HOMBRE- Era el paraíso, pero había que hacerlo.
LA JOVEN- Bah... yo tan solo tuve una choza mezquina, en una meseta pelada.
EL HOMBRE- Y... recién empezábamos.
LA JOVEN- En verano andábamos a los manotazos con los tábanos.
EL HOMBRE- Éramos jóvenes.
LA JOVEN- En invierno, la choza se llovía más que afuera.
EL HOMBRE- El techo de incienso: mi obsesión.
LA JOVEN- A tu segunda mujer, en cambio, lo primero que le diste fue una casa como la gente.

PAUSA
EL HOMBRE- Estaba... en otra situación.
LA JOVEN- Por supuesto. Ahora te reconocían ¿verdad? Te decían el Ruydard Kipling sudamericano.
EL HOMBRE- HALAGADO- Bueno, cosas de los críticos.
LA JOVEN- ¡Tus libros ya se editaban en París, Nueva York, Madrid...!
EL HOMBRE- FALSAMENTE MODESTO- Pasaba por un buen momento.
LA JOVEN- ¿Y tus notas sobre la selva de Misiones? ¡Publicadas en las mejores revistas y en los diarios de mayor tiraje!
EL HOMBRE- ¿Quién soy yo para negarlo?
LA JOVEN- ENTUSIASTA- Habías llegado a la cumbre. ¡Igual que ese personaje de Ibsen que tanto te gustaba...!
EL HOMBRE- IDEM-... ¡Brand!
LA JOVEN- Entonces, te casaste de nuevo.
EL HOMBRE- DESCONCERTADO- Por supuesto... era soltero.
LA JOVEN- Viudo.
EL HOMBRE- No por mi culpa, señora, no por mi culpa...
LA JOVEN~ Disfrutabas de tu gloria.
EL HOMBRE- SATISFECHO, ABRIENDO LOS BRAZOS- ¡Legítimamente conquistada!
LA JOVEN- CON BRUSCA SORNA- ¡Lástima que a esa altura ya tuvieras cincuenta años!

PAUSA

EL HOMBRE- ALERTA- ¿Y que tiene que ver? Eran mis mejores años; los más saludables y plenos.

LA JOVEN- Tu héroe, Brand, nunca llegó a tener tantos.

EL HOMBRE- ¿Se puede saber donde querés llegar?

LA JOVEN- Nuevamente casado, te renovaste, empezabas de nuevo...

EL HOMBRE- Puede ser, sí, ¿por qué no?

LA JOVEN- Pero ahora, Buenos Aires te daba miedo.

EL HOMBRE- ¿Miedo yo? ¿Y de que?

LA JOVEN- Ya tenías cincuenta años.

EL HOMBRE- OPTA POR REIR- ¡Los años...obsesión femenina!

LA JOVEN- CONTRARIADA- Tu nueva esposa tenía la edad de nuestra hija.

EL HOMBRE- DIVERTIDO- Bah, anecdotario menor.

LA JOVEN- ¿Anecdotario menor enamorar a su amiga y compañera del liceo?

EL HOMBRE- Prejuicios pequeño-burgueses.

LA JOVEN- ESTUPEFACTA- ¿Prejuicios? ¡Le llevabas treinta años!

EL HOMBRE- SALIENDO - Lo que cuenta es la edad biológica.

LA JOVEN- FASTIDIADA- ¡Biológicos eran los celos que te devoraban!

PEQUEÑA PAUSA. HA QUEDADO SOLA- Fue entonces que hiciste con ella lo que habías hecho conmigo: la arrancaste de Buenos Aires y la trasplantaste al borde de la selva... ¡a mil kilómetros!

ESCENA VII

IRRUMPEN RUIDOS PROPIOS DEL TRÁNSITO EN UNA GRAN CIUDAD. EL HOMBRE HA QUEDADO EXPECTANTE A UN LADO. ENTRE LA BARAUNDA DE MOTORES Y BOCINAS SE DESTACA LA DE UN AUTOMÓVIL CERCANO QUE DETIENE SU MARCHA. MIENTRAS EL HOMBRE SE ENDEREZA, TENSO, SE ESCUCHA LA VOZ DE LA MUJER.

LA MUJER- "No era necesario que me trajeras hasta aquí, pero fuiste muy amable. ¡Por supuesto que nos veremos pronto! Chau y gracias

otra vez... "

UNA PORTEZUELA QUE CIERRA Y UN MOTOR QUE ACELERA ENTRA ELLA CARGANDO PAQUETES.

LA MUJER-Hola, no sabía que estabas en casa, si no hubiera llegado antes.

EL HOMBRE- Te trajeron.

LA MUJER- Tuve suerte. No sé como habría hecho para cargar todo hasta aquí. ¿Sabes quién era?

EL HOMBRE- Nadie importante. ¿Dónde has estado toda la tarde?

LA MUJER- Compras ¿a qué olvidaste que hoy cumple años nuestra hijita?
EL HOMBRE- ¿Y dónde te encontraste con ese tipo?
LA MUJER- No me "encontré" con nadie. Simplemente me vio en la
Avenida Santa Fe y me trajo. Fue muy amable.
EL HOMBRE- No es razón para que subas al auto de cualquiera.
LA MUJER- No es cualquiera. Es un amigo de la casa.
EL HOMBRE- Conocido y gracias.
LA MUJER- Lo hemos recibido aquí.
EL HOMBRE- Obligaciones con mi editor.
LA MUJER- Pues es colega tuyo.
EL HOMBRE- ¿Colega?
LA MUJER- Escritor.
EL HOMBRE- Quisiera serlo, ese mediocre.
LA MUJER- Pues se dice tu discípulo.
EL HOMBRE- No tengo ni quiero discípulos; y menos un niño bien, con más
apellidos que condiciones.
LA MUJER- Pues yo creía...
EL HOMBRE- ¡Tus creencias casi siempre son estúpidas!
LA MUJER- ¡No todos piensan igual!
EL HOMBRE- ¡Claro que no! ¡Ese pituco de mierda, por ejemplo!
LA MUJER- ¡No le estás hablando a una de tus sirvientas!
EL HOMBRE- ¡Por lo menos ellas no viven en la calle, como las....!
LA MUJER- ¡Basta ya! ¿Porqué tanta furia? ¿Qué tengo que hacer para
conformarte?
PAUSA. EL SE TRANQUILIZA.
EL HOMBRE- Irnos a vivir a San Ignacio... a la chacra.
LA MUJER- No te entiendo...
EL HOMBRE- Preguntaste que tenías que hacer... Bien, eso. Dejar Buenos
Aires. Irnos de aquí. ¡No pienso en otra cosa!
PAUSA
LA MUJER- No sé que decirte. Solo hemos ido en verano.
EL HOMBRE- Tendrías que adaptarte, lo reconozco.
LA MUJER- ¿Y vos? Hace más de diez años que dejaste aquello.
EL HOMBRE- Conservo la experiencia. Podés confiar en mí.
LA MUJER- Lo sé, pero...
EL HOMBRE- Vámonos, será algo diferente, renovador...
LA MUJER- Es la época de las lluvias.
EL HOMBRE- LA ABRAZA, CONCILIADOR, CONVINCENTE. - La casa
nueva es grande y cómoda, nada pasará aunque diluvie días
enteros... Yo llegué a la región lloviendo; vivía en la casita de
madera, la que hoy es el taller. Durante cuatro meses no hubo
más que agua; agua en los objetos, en la ropa y en los muebles,
que ya tenían regueros blancos de agua...

ESCENA VIII

UNA CUNA DE BEBÉ Y TACHOS DISEMINADOS POR EL PISO. EL RUIDO DE LA LLUVIA Y TRUENOS DOMINA LA ESCENA. MIENTRAS EL HOMBRE FRENTE A SU PEQUEÑO ESCRITORIO LUCHA POR CONCENTRARSE EN DOS HOJAS ESCRITAS QUE ESTA COTEJANDO. LA JOVEN NO PARA DE HABLAR MANTENIENDO LOS OJOS FIJOS EN EL TECHO, CON UN TACHO EN LA MANO, TRATANDO DE ANTICIPARSE A LA PRÓXIMA GOTERA.

LA JOVEN- ¿Qué estás mirando? La planilla de la revista ya la revisé. Te deben un cuento, nomás. No te lo pagaron. COLOCA EL TACHO EN EL SUELO Y AGARRA OTRO MIRANDO HACIA ARRIBA.-... Mirá si no me da por revisarla. Anoté el nombre del cuento; fue publicado en el número de la segunda semana de marzo. ¡Dónde se ha visto! Una sola planilla para todo el año. Claro, sí después pasa... ¡pasa! Que diluvio, Dios mío. No creo que en ningún lugar del mundo llueva como aquí... ¿Lloverá toda la noche? ¿Qué te parece?

EL HOMBRE- Hmm.

LA JOVEN- Habrá que traer más baldes.

EL HOMBRE- Ahá...

LA JOVEN- ¿Traigo o no traigo? Tengo miedo que se despierte la nena.

EL HOMBRE- Quien sabe...

LA JOVEN- ¿Tenemos más baldes?

EL HOMBRE- No sé cuantos pusiste.

LA JOVEN- ¿No los ves?

EL HOMBRE- Ahora, callate. SIGUE LEYENDO

PAUSA

LA JOVEN- El techo de paja se llovía menos.

EL HOMBRE- Hmm.

LA JOVEN- Tejas con madera de incienso... ¡dónde se ha visto!

EL HOMBRE- No me distraigas.

LA JOVEN- Se arquean como si fueran de cartón.

EL HOMBRE- Estaba verde... el incienso.

LA JOVEN- Se nos va a estropear toda la ropa... ¡hasta cuándo, Dios mío!

EL HOMBRE- Hasta que venga algo de plata. Dejame leer.

PAUSA

LA JOVEN- Si te pagan el cuento, compramos las chapas para el techo.

EL HOMBRE- Primero hay que arreglar la máquina de escribir.

LA JOVEN- Lo más urgente es el techo.

EL HOMBRE- Cuando tengamos la plata veremos. Ahora ¡por favor!

LA JOVEN- ¿Qué estás revisando?

EL HOMBRE- Un original con la copia CAUSTICO- ¿puedo?
LA JOVEN- Lo copié tal cual, si hay algún error es tuyo.
EL HOMBRE- Por lo menos, dejame revisarlo tranquilo.
PAUSA. ELLA SE ACERCA Y MIRA POR ENCIMA DEL HOMBRO
LA JOVEN- Tu letra es imposible.
EL HOMBRE- Lo sé, por eso lo de la máquina. PEQUEÑA PAUSA
LA JOVEN- No me es nada fácil pasarte los cuentos en limpio.
EL HOMBRE- Lo hacés muy bien.
LA JOVEN- Primera vez que te lo oigo decir.
EL HOMBRE- Lo que falta: ponderarnos uno al otro.
LA JOVEN- Me lleva toda la mañana.
EL HOMBRE- Si te levantarás más temprano.
LA JOVEN- Todavía con exigencias.
EL HOMBRE- Si no te callás no puedo trabajar.
PAUSA
LA JOVEN- La casa, la comida, la nena, pasarte los cuentos ¡y todavía...!
EL HOMBRE- INTERRUMPIENDO- ¡Aquí te equivocaste! "Emigrantes de Liberia" no, no puede ser; aquí debe decir "Silesia".
LA JOVEN ¿Por eso tanto lío? Es casi lo mismo.
EL HOMBRE- ¡Cómo lo mismo! ¿Quién ha visto liberianos en el Chaco?
¿Dónde está la lapicera? Pronto...
LA JOVEN- ¡Borriones, no! Dejame a mí.
EL HOMBRE- DEJANDOLE EL SITIO- Está bien. Borrá aquí y poné "Liberia".
LA JOVEN- Tengo las manos húmedas, ahora no, después.
EL HOMBRE- "Después" paso un papelón sí te olvidás.
LA JOVEN- No hay correo hasta pasado mañana.
EL HOMBRE- No importa, borrrá ahora.
LA JOVEN- Ahora, estoy con los baldes.
EL HOMBRE- ¡Entonces lo hago yo!
LA JOVEN- INTERPONIÉNDOSE CON BALDES Y TODO- ¡No...! ¡Sos muy desprolijo!
EL HOMBRE- ¡Obcecada y caprichosa, como siempre! IRRUMPE EL LLANTO DEL BEBE Y ALZA LOS BRAZOS AL CIELO-
¡Lo que faltaba! ¡Quién puede hacer algo aquí!
LA JOVEN- YENDO HACIA LA CUNA- ¡Mirá lo que hiciste por gritar!
EL HOMBRE- Y todavía querés tener razón.
LA JOVEN- ¡Siempre lo mismo! ¡Hay que obedecerte enseguida!
EL HOMBRE- AL TIEMPO QUE CRECE EL LLANTO- ¡Hacé algo con esa niña!
LA JOVEN- ¡Hay que hacerlo ahora, cuando manda el señor!
EL HOMBRE- Que no llore tanto, por lo menos.
PAUSA.

ÉL PROCURA CONCENTRARSE Y ELLA, MECIENDO LA CUNA,
CANTA.

LA JOVEN- "Señor Santana porque llora el niño/ Señora Santana...

EL HOMBRE- ¡"Santana, no"! Santa- Ana.

LA JOVEN- RECTIFICA INTENCIONALMENTE Y MARCA CON EL PIE

"Señora Santa-Ana porque llora el... "

EL HOMBRE- ¡Ahora también tenés que bailar para que no llore!

LA JOVEN- ¡Es tu voz que la irrita!.. "Señora Santa Ana porque llora el niño/
Señora Santa Ana...

EL HOMBRE- ¡Por lo menos no la sacudas tanto!

LA JOVEN- DESESPERÁNDOSE ANTE EL ARRECIO DEL LLANTO ¿Qué
puedo hacer yo si el angelito llora?

EL HOMBRE- ¡Callarte!

LA JOVEN- SOLLOZANDO- ¡No seas bruto! ¡Ni que una fuera... ni que una
fuera...!

EL HOMBRE- DESESPERANZADO- Solo falta que llores vos.

LA JOVEN- LARGANDO EL LLANTO- ¿Quién está llorando? ¿Eh? ¿Quién
está llorando?

EL HOMBRE- ¡Dios mío, que habré hecho para que te pongas así!

LA JOVEN- Estoy harta y cansada. De la lluvia, de la sequía que vendrá
después, de la chacra, de la pobreza... ¡harta, harta, harta!

EL HOMBRE- ¿Y que me dices de mí? ¡También yo estoy hartito!

LA JOVEN- LLORANDO MAS DESCONSOLADAMENTE- ¡Por fin lo
dijiste! Lo sabía. ¡Estás hartito de mí...!

EL HOMBRE- ¡Claro que estoy hartito! Me cansan tus infantilismos y tus
histerias. Estoy hartito de depender de vos para tener cierto orden
en mis notas. ¡Hartito de tener que subordinarme a este gallinero
doméstico! ¡Y de tener que recurrir a vos, porque está porquería
está rota...! LEVANTA LA MAQUINA DE ESCRIBIR COMO
PARA ARROJARLA

LA JOVEN- ¡No...! ¡No hagas eso! ÉL DETIENE EL GESTO- La máquina
no. La mandaremos a arreglar... antes que el techo.

LA NIÑA DEJA DE LLORAR Y MILAGROSAMENTE TAMBIEN CESA
LA LLUVIA, PAUSA.

EL HOMBRE- Dejó de llover.

LA JOVEN- Se calló la nena.

EL HOMBRE –SECÁNDOLE LAS LÁGRIMAS Y BESÁNDOLA- Mañana
hará un día radiante, ya lo verás.

LA JOVEN- YENDO HACIA LA CUNA- ¿De veras?

EL HOMBRE- Así será, niña mía... así será.

LA JOVEN- AL LADO DE LA CUNA, CUANDO RECOMIENZA A
LLOVER, RETORNA AL PARLOTEO Y A CAMBIAR DE LUGAR LOS
BALDES.- Vas a ver que cuando te paguen el cuento que te deben, habrá para
las dos cosas: el techo y la máquina. ¿Sabés? No se trata solo de las goteras,

sino de la humedad. Ya lo gana todo y no hay ropa que aguante. Ni hablar que tenemos hongos por todas partes y la nena puede enfermarse de los bronquios. Por eso, por los bronquios, se fastidia y llora. Pero con el techo nuevo... SE INTERRUMPE. AMBOS SE MIRAN- ¡Y la máquina de escribir, claro está, la máquina! ARRECIA EL RUIDO DEL AGUACERO Y CUBRE SU VOZ.

ESCENA IX

EL HOMBRE EN SU ESCRITORIO, MOVIÉNDOSE CON DIFICULTAD;
LUEGO LA JOVEN APARECIENDO EN OTRO SECTOR.

EL HOMBRE- Así es amigo, en estos días no ando bien; la máquina ya no es nueva y afloja. Cuando un hombre que ha pasado los cincuenta siente algo, donde fuera, mala digestión o cosas más corrientes, piense en su próstata. Brazos y piernas van bien, pero las dobladas las siento. Se impone un examen médico y después, lo que viniera. Francamente soy optimista. Creía que, a lo más, alcanzaría con recurrir a los masajes prostáticos por vía rectal... SONRÍE, PÍCARO... con el peligro de terminar como el prostático del cuento: "¡por favor, doctor, ahora deme un besito!"

LA JOVEN- ¡Buenísimo!

EL HOMBRE- Entrometida, como siempre.

LA JOVEN- Sabés otro de médicos. AL VERLO SERIO- Vamos, no seas rencoroso.

EL HOMBRE- No lo recuerdo.

LA JOVEN- Era una persona que... ¡no! Se trataba de un personaje, como todo lo tuyo.

EL HOMBRE- ¿Qué querés decir?

LA JOVEN- Tus opiniones sobre la vida casi siempre tienen como referencia la literatura.

EL HOMBRE- Un disparate.

LA JOVEN- Al fin y al cabo es tu oficio ¿no? RÍE Ya recuerdo. Se trataba de un médico que dictaba un curso sobre ataxia locomotriz...

IMITANDO- "Un atáxico no puede hacer esto" decía, cerrando los ojos, comenzando a caminar... ¡y se cayó! RÍE MÁS

¡Graciosísimo! AL VERLO SERIO Vamos, no seas necio ¿no se trataba de un personaje?

EL HOMBRE.- De una novela... de Conan Doyle.

RIEN. PAUSA

LA JOVEN- TRIUNFAL- Me diste la razón, igual que con los avisos...

EL HOMBRE- EVOCANDO.- ¡Los avisos...!

LA JOVEN- Si la revista tenía alguno nuevo, se debía a tus cuentos.

EL HOMBRE- Vos contabas los avisos por unidad y yo por centímetros cuadrados.

LA JOVEN- Nunca nos pusimos de acuerdo sobre cuales eran más importantes.

EL HOMBRE- RIENDO- ¡Por ignorantes...! Cualquiera sabe que lo que importa es el tamaño del aviso...

LA JOVEN- IDEM- Eso era antes: ahora, la cantidad y la variedad es lo importante.

EL HOMBRE- No vas a comparar un aviso a media página de una gran empresa, con uno de pocos centímetros perdido por ahí...

LA JOVEN- Que anuncie una gran empresa no quiere decir que llegue a todo el mundo.

EL HOMBRE- YA CONTRARIADO Y SERIO- Diez avisitos perdidos no valen uno grande y bien colocado.

LA JOVEN- HACIÉNDOLE FRENTE- Las revistas más leídas traen cantidad de avisos chicos.

EL HOMBRE- ¡Las revistuchas que vos leés!

LA JOVEN- ¡Se trata de revistas populares!

EL HOMBRE- ¡Estamos hablando de avisos!

LA JOVEN- ¡Qué reflejan la venta de la revista!

EL HOMBRE- ¡Más valen pocos pero grandes e importantes!

LA JOVEN- ¡La cantidad y variedad reflejan la difusión!

PAUSA. SE MIRAN CON HOSTILIDAD. LUEGO, ÉL, DESANIMADO, BAJA LOS BRAZOS.

EL HOMBRE- Empezamos otra vez...

LA JOVEN- No exageres, también nos reíamos juntos...

EL HOMBRE- Es verdad, muchas veces nos reímos juntos...

SE MIRAN Y CONTENIENDO LA CARICIA, SONRIEN.

ESCENA X

AMBOS SON SORPRENDIDOS POR EL SÚBITO RITMO DE UNA MÚSICA BAILABLE- "RUMBA AZUL" POR LOS LECUONA- AL TIEMPO QUE IRRUMPE LA MUJER ENSAYANDO PASOS DE BAILE. EL HOMBRE SE DIRIGE A ELLA Y LA JOVEN A ÉL, PUESTO QUE ES EL ÚNICO QUE LA VE Y ESCUCHA.

EL HOMBRE- ¡Otra vez con esa música insoportable!

LA MUJER- A muchos les gusta. Es buena.

LA JOVEN- INTERESÁNDOSE POR LOS PASOS DEL NUEVO BAILE - Bueno, está en la edad.

EL HOMBRE- Buena para perder el tiempo.

LA MUJER- Tiempo es lo que aquí sobra.

EL HOMBRE- HA QUEDADO ENTRE LAS DOS MUJERES QUE BAILAN- Hay formas mejores de usarlo...

LA MUJER-LA JOVEN- ¿Cuáles?

EL HOMBRE- La lectura... las artesanías...

LA MUJER- De lecturas estoy hasta aquí....

LA JOVEN- Vulgar...

LA MUJER- ... y las artesanías me aburren.

LA JOVEN- ... pero normal.

EL HOMBRE- Nunca pisaste el taller de cerámica.

LA MUJER- Mucho polvo en el aire...

LA JOVEN- ... eso es verdad...

LA MUJER- ... y el barro me estropea las manos.

LA JOVEN- BAILA SATISFECHA DE HABER SACADO EL NUEVO PASO-

No deja de tener razón.

EL HOMBRE- Aún así, puede ser divertido.

LA MUJER- ¿Quién puede divertirse con un horno y barro?

LA JOVEN- AL HOMBRE- A los gurises les encantaba.

EL HOMBRE- A LA MUJER- A los gurises les encantaba.

LA MUJER- Por supuesto, a los niños.

EL HOMBRE- YA SIN TENER CLARO A QUIEN DIRIGIRSE- Amasaban y cocinaban sus cacharritos...

LA JOVEN- Todos sucios de barro y a las risas.

EL HOMBRE- ... todos sucios de barro y a las risas.

LA JOVEN- ¿Y cuándo aprendieron a plantar?

EL HOMBRE- ¿Y cuándo aprendieron a plantar? Era divertido...

LA MUJER- ¡Divertirse plantando! ¿Te imaginás? ¡Plantando, yo!

LA JOVEN- CONTRARIADA - ¡Pues ellos eran expertos!

EL HOMBRE- Pues ellos eran expertos. Les había leído un viejo libraco...

LA MUJER- La Enciclopedia Agrícola.

LA JOVEN- ASOMBRADA PERO SIN DEJAR DE BAILAR- ¡La misma!

EL HOMBRE- La misma... ¿quién te lo dijo?

LA MUJER- Ellos mismos.

LA JOVEN- Se dormían repitiendo los nombres raros ¡que memoria esos gurises!

EL HOMBRE- Apenas sabían hablar y en su media lengua ya decían el nombre científico de las azucenas...

LA MUJER- "Colens Blumei"

PAUSA SÚBITA. CESA LA MUSICA

EL HOMBRE- INCRÉDULO- ¿Qué dijiste?

LA MUJER- DIVERTIDA- El nombre científico de la azucena: colens blumei.

LA JOVEN- ASOMBRADA- Parió mi abuela.

EL HOMBRE- IDEM- Y dicen que no hay milagros.

LA MUJER- Y no los hay: lo aprendí en tu enciclopedia agrícola.

EL HOMBRE- ¿Cómo se te ocurrió?

LA MUJER- INSINUANTE- Sabía que a vos te gustaba.

LA JOVEN- Una zorra... una zorra.
EL HOMBRE- Un golpe de suerte. ¡Casualidad pura!
LA JOVEN- Pero está llena de vida.
LA MUJER- PICARESCA- ¿Suerte? Prueba... tienen que ser plantas de nuestro jardín.
EL HOMBRE- ¿Reina Margarita?
LA MUJER- ¡Callinstenmus chinensis!
LA JOVEN- Para no creer.
EL HOMBRE- AÚN INCRÉDULO- ¿Nombre vulgar de la Zinnia Elegans?
LA JOVEN- ¡Al revés, hiciste bien!
LA MUJER- ¡Tramposo, preguntaste al revés!
EL HOMBRE- ¡Zinia Elegans y te agarré!

LA MUJER- ALEJÁNDOSE- ¡Flor de papel!
EL HOMBRE- SIGUIÉNDOLA- ¿Dianthus Chinensis?
LA MUJER- ¡Clavelina!
EL HOMBRE- ¿Dianthus Cariophylus?-
LA MUJER- DESAFIANTE- ¿Qué me das si lo sé?
EL HOMBRE- Bueno, lo que quieras.
LA JOVEN- ALEJÁNDOSE- ¡No te fíes!
EL HOMBRE- ¡Dianthus Cariophylus! ¡Vamos, ahora!
LA MUJER- ¡Clavel!
SÚBITAMENTE, COMO CESÓ, RECOMIENZA LA MÚSICA.
EL HOMBRE - Realmente, asombroso...
LA JOVEN- Te gana siempre. Es joven.
LA MUJER- BAILANDO NUEVAMENTE- Ahora, me debés un pasaje a Buenos Aires.
EL HOMBRE- Ese viaje no tiene sentido; es un capricho y un capricho caro.
LA MUJER- EXULTANTE- ¡Solo quiero ver gente! ¡Sin barro, ni víboras, ni aullidos nocturnos que hielan la sangre!
EL HOMBRE- ¡No hace un mes que regresaste!
LA MUJER- SE ALEJA BAILANDO- ¿Un mes nada más? Pues a mí me parece un siglo.
EL HOMBRE- AGITADO TRATA DE SEGUIRLA- ¡No te vayas! Dejame pensar, por lo menos. ELLA SALE.
LA JOVEN- ¿Vas a ceder? Un mes le pareció un siglo, aquí, contigo ¿Y vas a ceder?
EL HOMBRE- ALZANDO LA VOZ- Si me contestás, hablamos del viaje. Nombre vulgar de... la Myosotis Sylvática... SALE A SU VEZ, TRAS DE ELLA- ... en nuestro jardín hay a montones ... Myosotis Sylvática.
LA JOVEN- HA QUEDADO SOLA Y TRISTE- "No me olvides"... las primeras las planté yo.

DISMINUYE LA LUZ AL TIEMPO QUE SE ESCUCHAN LOS ÚLTIMOS
COMPASES DE RUMBA AZUL.

ESCENA XI

EL HOMBRE, CERCA DE SU ESCRITORIO, LUCE CANSADO Y ALGO
DOLORIDO

EL HOMBRE- Las cosas no me van bien, amigo; ni en la salud, ni en las finanzas. Tampoco la vida de escritor me es fácil. La literatura tiene su mercado. Y ese mercado, como cualquier otro, tiene sus altas y bajas. Hoy, mis acciones están en baja. De 350 pesos que me pagaban por cada relato, pasé a 100. Como están viendo, tarifa de puta un poco vieja, pero así y todo las revistas se están hartando de mi colaboración. A esta altura de mi vida vivo, mejor dicho sobrevivo, con una magra pensión de mi anterior empleo... Si yo fuera solo, echaría todo al diablo y me iría a vivir contra un árbol con un pedazo de pan....

ESCENA XII

APARTANDO LAS REVISTAS DE LA CORRESPONDENCIA

LA MUJER- "Cine Radio"... "Radiolandia"... pero otra vez con quince días de atraso.

LE ALCANZA UN GRAN SOBRE AMARILLO. EL
HOMBRE LO ABRE, MIENTRAS ELLA LO MIRA DE
SOSLAYO- ... ¿te mandaron el cheque?

EL HOMBRE- DESANIMADO- No hay cheque. La revista me devuelve el cuento.

LA MUJER- ¿Por qué?

EL HOMBRE- No les gustó: no lo publican.

LA MUJER- Sería la primera vez. No entiendo...

EL HOMBRE- GIRANDO PARA SALIR- Te lo diré de otra forma: este mes, tampoco podemos pagarle al almacenero.

LA MUJER- ¿Y mi viaje a Buenos Aires?

EL HOMBRE- Tendrá que esperar.

LA MUJER- ¡Me lo habías prometido!

EL HOMBRE- Tal vez, el mes que viene.

LA MUJER- El mes que viene será la siembra o la cosecha. ¡Que se yo!
Siempre encontrarás pretextos.

EL HOMBRE- ¿Por qué tendría que buscar pretextos?

LA MUJER- ¡Para que yo no viaje!

EL HOMBRE- ¡No viajas porque no hay plata! Además ¿por qué tanto viaje?

¿Tanto ir y venir? No estás en el desierto. San Ignacio ha crecido mucho en estos años. ¿Qué más se precisa para llevar una vida normal, como todo el mundo?

LA MUJER- LUEGO DE UNA PAUSA- Un cine.

EL HOMBRE- INCRÉDULO- ¿Qué... dijiste?

LA MUJER- Un cine. En San Ignacio hace falta un cine.

EL HOMBRE- Con que ahí estaba la cosa... ¡precisás "un cine"!

LA MUJER- Entre otras cosas...

EL HOMBRE- BURLÓN- Extrañas las cintas.

LA MUJER- ¡Extraño las "películas", no las "cintas"! Pero si te soy sincera, también extraño las veredas anchas de la Avenida Santa Fe. Y las vidrieras; y el tránsito en Corrientes y Callao; y caminar bien vestida, al atardecer por Palermo...

EL HOMBRE- ¡Pura frivolidad!

LA MUJER- - ¡No me importa! Preciso, quiero ver el ir y venir de la gente. Me entusiasman los espectáculos, las orquestas y las nuevas canciones. Sueño con los cines y los teatros de Lavalle; hasta me parece oír las voces de la gente joven y despreocupada que llenan las confiterías...

EL HOMBRE- INTERRUMPE-... ¡perdiendo el tiempo!

LA MUJER- DESAFIANTE- ¡Pueden perderlo! ¡Tienen todo el tiempo del mundo por delante!

EL HOMBRE- Pero, igual que vos, no saben para que sirve.

LA MUJER- ¡No me ridiculices!

EL HOMBRE- ¡¿Yo te ridiculizo?!... ¡Si todo lo arreglás con un biógrafo!

LA MUJER- ¡Dije "cine"! ¡No "biógrafo"!

EL HOMBRE- ¡Cine es un galicismo de ignorantes!

LA MUJER- ¡Biógrafo le dicen los viejos!

EL HOMBRE- ¡Las bobadas de tu edad ya me hartan!

LA MUJER- ¡Y a mí me hartan las de la tuya!

EL HOMBRE- ¡Sabías mi edad cuando te casaste conmigo!

LA MUJER- Yo me casé con un escritor famoso, a quien todo Buenos Aires conocía. Un hombre bien recibido en todas partes, con quien salía orgullosa... Yo me casé con un artista... ¡No con quien ahora sólo escribe cartas a los amigos viejos! ¡No con un chacarero a quien le devuelven lo que escribe!

SALE LLORANDO

ESCENA XII

EL HOMBRE HA QUEDADO SOLO CUANDO LA JOVEN APARECE EN UN RINCÓN.

EL HOMBRE- Se me ha comprendido poco y ella menos que nadie. No solamente no me comprende a mí sino a ninguno del oficio... Hay un personaje, en "Los Poseídos" de Dostoievski, una mujer joven, alegre y despreocupada que se niega a unirse a un hombre como yo, porque, dice: "Viviría aterrorizada en la contemplación de una monstruosa araña". Ella no vio la araña en Buenos Aires, distraída por el ambiente, pero en Misiones acabó por distinguirla... PEQUEÑA PAUSA. LA JOVEN LE DA LA ESPALDA, INCÓMODA. ... Para que sepas, no la culpo mayormente. Para quien no siente la naturaleza ni las cosas, esta vida es muy dura. Tengo cien razones para condenarla y otras cien para perdonarla... Me acuerdo siempre de aquel personaje de Merimme que fracasa con una mujer joven y linda... "Me ha hecho feliz durante cinco meses" dice "le debo pues, mi vida entera".

LA JOVEN- Poco exigente con la vida...

EL HOMBRE- ¿Quién?

LA JOVEN - Merimme.

EL HOMBRE- RESIGNADAMENTE- Es posible.

LA JOVEN- ¿Qué hay de nuestros hijos?

EL HOMBRE- Con la mujer me voy entendiendo poco a poco, por carta.

LA JOVEN- ¿Y con el varón?

EL HOMBRE- Casi nada.

LA JOVEN- Se criaron solamente contigo.

EL HOMBRE- Decime vos, porque se criaron solamente conmigo.

LA JOVEN- Por tu rigor, por tu intransigencia cuando no se te obedecía al pie de la letra.

EL HOMBRE- Debía compensar los caprichos y miedos de la madre, una niña consentida.

LA JOVEN- Me defendía del que todo lo reglamentaba en nombre de un ideal de vida.

EL HOMBRE- ¡Já! Convertías cualquier discusión en una batalla campal.

LA JOVEN- Era yo sola contra tu carácter de hierro.

EL HOMBRE- Pero era yo quien siempre cedía.

LA JOVEN- Como cede el tigre enfurecido. Cuando tuve mi primer hijo me prohibiste salir de la chacra...

EL HOMBRE- Te asistí yo, tener un hijo...

LA JOVEN- ... ¡es natural! Justamente, esa era la doctrina.

EL HOMBRE- ¿Y no fue así?

LA JOVEN- Pero si algo pasaba, solo yo lo pagaba. No dejaste que se acercara ni mi madre.

EL HOMIBRE- Cuando nació el varón, tuviste tu clínica en Buenos Aires.

- LA JOVEN- ¿A qué precio? Gritaste, amenazaste, rompiste muebles y desapareciste en el monte por días enteros dejándome sola y muerta de miedo.
- EL HOMBRE- ¡Eso! ¡Tus miedos! Eran muchos.
- LA JOVEN- Después, con los niños, nada podía hacerse sin tu consentimiento: horarios, vestidos, alimentos, todo lo disponías sin apelación ¡y cuidado con desobedecerte!
- EL HOMBRE- Pero a los cuatro años el varón ya montaba a caballo, manejaba la canoa y hasta cargaba el rifle.
- LA JOVEN Una noche los dejaste solos, en la selva ¡y tenían tres y cuatro años!
- EL HOMBRE- Pero nunca tuvieron miedo de la noche, ni de las tormentas.
- LA JOVEN- Nunca olvidaré sus caritas llenas de pánico al lado del farol que les dejaste.
- EL HOMBRE- ¿Pánico? Excitación, más bien. Excitación por el juego.
- LA JOVEN- ¿También era un juego navegar con ellos en canoa por el río desbordado?
- EL HOMBRE- Les fascinaba el río y allí vivían. Tenían que conocerlo.
- LA JOVEN- A vos te fascinaba. Te atraía el riesgo. Tentabas el peligro. Las dificultades te llenaban de fuerza. ¡Amabas el drama como en tus cuentos!
- EL HOMBRE- ¡No confundas realidad con ficción!
- LA JOVEN- ¡No había diferencia! Para vos la vida misma era un desafío que habla que enfrentar hasta la última consecuencia. Vivías y hacías vivir a tu familia en el límite. ¡Ahí, en el mismo sitio de donde brotaban tus relatos!
- EL HOMBRE- ¡Delirás... delirás como siempre!
- LA JOVEN- ¿Yo deliro? Te fascinaba un personaje teatral. Brand, admirabas a Brand. ¡En un tiempo solo hablabas de Brand!
- EL HOMBRE- Perdía el tiempo. Vos nada podías comprender en Brand.
- LA JOVEN- ¡Claro! Como una pobre muchacha podía comprender la profundidad de un clásico. ¡Ibsen, nada menos! Pero después lo supe. Brand soñaba con un templo para su dios, en una montaña casi inaccesible. Y por ese sueño sacrificó a la madre, a la esposa y al hijo. Tu Brand... ¡era un fanático!
- EL HOMBRE- ¡No lo entenderás nunca! El templo de Brand era su ideal. ¡Brand es el idealismo!
- LA JOVEN- Vos también tenés tu templo...la literatura. SALE.
- PAUSA.
- EL HOMBRE- SOLO- Brand... es el único libro que he releído cinco o seis veces. Entre los tres o cuatro libros máximos, uno de ellos es Brand. Brand jugó su propia existencia y la de su familia por unir la doctrina con la vida. Vivir de acuerdo a lo que se piensa.... Y oiga usted un secreto, mi amigo: yo, con más suerte,

debí haber nacido así. No hace tres meses volví a releer la obra cuando comenzó todo esto, y creo que lo que hice cada vez que mi deber flaqueaba. Yo también tuve la revelación de Inés, la mujer de Brand, cuando abrumada por el sacrificio de que era capaz su marido exclamó: "Ahora comprendo lo que siempre había sido oscuro para mí: quien ve el rostro de dios, solo le resta morir". Y también, llevo en la memoria una frase de Emerson que completa aquella verdad. Nada hay que el hombre no pueda conseguir, pero tiene que pagarlo

ESCENA XIV

LA JOVEN, IRRUMPIENDO SUMAMENTE ALTERADA.

LA JOVEN- ¡Los niños! ¿A dónde están los niños?

EL HOMBRE- CALMO, SEÑALANDO A LO LEJOS- Allá están... Van hacia el río.

LA JOVEN- ¿Solos? ¡Dios mío! ¿Dejaste que fueran solos?

EL HOMBRE- No te preocupes, sabrán cuidarse.

LAJOVEN- Pero... van hacia el acantilado. ¡Ese es el camino del barranco!

GRITANDO, PARA AVERTIRLES- ¡Darío... Eglé... regresen!

¡Por ahí no...! DISPONIÉNDOSE A SALIR- ¡Voy a buscarlos!..

¿Cómo salieron sin que yo los viera?

EL HOMBRE- CORTÁNDOLE EL PASO- ¡Por favor, dejalos! Son conscientes de lo que están haciendo.

LA JOVEN- ¡Entonces...! ¡Oh, no, es increíble! ¡Fueron con tu permiso!

EL HOMBRE- ¿Por qué no? Querían ir. Estaban obsesionados por ir.

LA JOVEN- ¡Los dejase ir solos al barranco! ¡Esta no te la perdono...!

EL HOMBRE- RETENIÉNDOLA POR UN BRAZO- ¡Tranquilízate! ¿Qué vas a hacer?

LA JOVEN- ¡Soltame! ¡Me vas a volver loca! ¡Soltame!

EL HOMBRE- ¡No! Si los dejás tranquilos nada les pasará.

LA JOVEN- PUGNANDO POR SOLTARSE- ¡Pero si algo les pasa se matan!

EL HOMBRE- ¡Lo intentarán una y otra vez!

LA JOVEN- ¡No mientras yo pueda! ¡Soltame, inconsciente!

EL HOMBRE- AGARRÁNDOLA POR LOS DOS BRAZOS- No podés pasarte la vida cuidándolos.

LA JOVEN- ¡Darío... Eglé! ¡Cuidado... regresen!

EL HOMBRE- ¡Los aturdirás con tus gritos! ¡No sabrán que hacer!

LA JOVEN- IMPOTENTE, AL BORDE DEL LLANTO- ¡Por lo que más quieras! Ordénales que regresen... ¡No me hagas esto por favor!

EL HOMBRE- TENSO, SUJETÁNDOLA Y MIRANDO A LO LEJOS- Nada les pasará si los dejamos hacer... Sí no se distraen...

LA JOVEN- LLORANDO- Estás loco... jugás con la vida de mis hijos.

EL HOMBRE- ALIVIADO- ¡Mirá, ya regresan! ¡Te lo dije! Nada les podía pasar si seguían mis instrucciones.

LA JOVEN- QUEBRADA- Mis hijos... mis niñitos...

EL HOMBRE- TENDIÉNDOLE LA MANO- ¡Vamos a buscarlos! Allá vienen.

LA JOVEN- LO RECHAZA, FURIOSA- ¡No me toques! ¡Ni los animales arriesgan así a sus hijos!

EL HOMBRE- ¿Qué te pasa? No ha sucedido nada. Están bien...

LA JOVEN- INTENTA AGREDIRLO- ¡Si pudiera matarte! ¡Si pudiera matarte! ¡Asesino...!

EL HOMBRE- SUJETÁNDOLA POR LAS MUÑECAS- ¡Controlate al menos!

LA JOVEN- FUERA DE SI- ¡Loco! ¡Inconsciente! ¡Criminal!

EL HOMBRE- ¡Estás rabiosa!

LA JOVEN- ¡¿Quién no lo estaría?! ¡Soltame!

EL HOMBRE- ¡Obcecada y necia como siempre! ¡Pura histeria!

LA JOVEN- ¡Te odio! ¡Si pudieras saber cuánto te odio!

EL HOMBRE- LA APARTA EMPUJÁNDOLA- Nada has aprendido en estos años. ¡Nada tenemos en común! ¡Nada!

SALE. PAUSA. SILENCIO

LA JOVEN- ¿Qué me espera ahora? Días y días sola, muerta de miedo, hasta que la furia se te pase. Pero esta vez no lo soportaré. ¿Me estás escuchando? ¡Esta vez te arrepentirás el resto de tu vida...! SE SIENTA EN EL SUELO SECÁNDOSE LAS LÁGRIMAS- Hasta el perro más fiel, si se le acorralla, muestra los dientes. Hasta el más manso tiene un límite... ALZANDO LA VOZ- ¿Qué madre no teme por sus hijos? No tengo porque avergonzarme de mis instintos. Sí, me descontrola que arriesguen la vida de mis hijos... PEQUEÑA PAUSA. E-Estoy segura que no es tu intención... ¿verdad? -DISMINUYE LA LUZ AL TIEMPO QUE AFUERA CRECEN LOS RUIDOS MISTERIOSOS DE LA FRONDA- Se- se viene la noche. ¿No te habrás ido verdad? Decime donde estás. Ya estoy más tranquila. Podemos hablar... Pero no te vayas, por favor... no me dejes sola. TRATA DE SONREIR- No siempre peleamos... también tenemos días felices... como todo el mundo. Mirá, ya casi se me pasó todo. Tal vez tengas razón. Aunque yo también la tengo... un poco. ¡Pero no te vayas! No sé prender el farol... le tengo miedo a la nafta. CON ANGUSTIA

CRECIENTE- Horacio, decime algo... quiero oír tu voz... nada ¿nada? Entonces te fuiste... estoy sola... ¿fuiste capaz de dejarme sola? SE YERGUE, FURIOSA- ¡Pero esta vez no lo soportaré! ¡Te juro que esta vez será la última! ¡Cuando vuelvas me encontrarás muerta! ¡Muerta... muerta... muerta!

SE DESHACE EN LLANTO COMO UN ANIMAL HERIDO. AFUERA
CRECEN LOS RUIDOS MIENTRAS LA NOCHE SE ADUEÑA DE TODO.

ESCENA XV

COMO EN LA ESCENA I, EL HOMBRE FRENTE A LA MUJER QUIEN
AHORA CIERRA DEFINITIVAMENTE SUS MALETAS.

EL HOMBRE- Yo volvía del monte olvidado de todo, cuando un vecino se adelantó a recibirme. Ella... había tomado bicloruro de mercurio, veneno lento pero inexorable. Murió a los siete días, en la misma casa construida por mí y por ella arreglada. Al otro día supe, al abrir por casualidad el ropero, lo que es ver de pronto la ropa blanca de mi mujer enterrada y colgando, el vestido que ella no tuvo tiempo de estrenar... Sí, es verdad, sentí remordimientos, fui consciente del abuso, del trasplante criminal, del martirio salvaje impuesto a una criatura de veinte años con el pretexto del amor. Esa misma mañana quemé todo: ropas, fotografías, las cartas que yo le había escrito y que ella guardaba con más amor que su vestido de novia. Había que borrar todo, si en verdad quería seguir viviendo... PAUSA. SE ESCUCHA EL SILBATO DE UNA LEJANA EMBARCACION.

LA MUJER- Bien, es hora de salir para el embarcadero.

EL HOMBRE- Escribeme. Yo siempre estaré aquí.

LA MUJER- ¿Qué vas a hacer aquí, solo?

EL HOMBRE- Siempre habrá que hacer, te lo aseguro.

LA MUJER- ¿Y por que no en Buenos Aires, con la familia y los hijos?

EL HOMBRE- Todo lo que aquí hay es parte de mi obra. La casa, el jardín, el parque, las plantaciones de la chacra... Todo esto me ayuda a pensar que solo la creación justifica los errores de toda un vida y que, tal vez, dejando algo que valga la pena la miseria humana pueda perdonarse.

LA MUJER- De cualquier forma, tarde o temprano tendrás que elegir.

EL HOMBRE- ¿Elegir?

LA MUJER- Tu familia o tu obra.

EL HOMBRE- Para el porvenir de una mujer o una criatura, la existencia del marido o del padre no es indispensable; saldrá del paso si es su destino.

LA MUJER- EMPUÑANDO SU MALETA- ¿Entonces...?

EL HOMBRE- Ya elegí... creo que hace tiempo.

LA OSCURIDAD VA BORRANDO LA SILUETA DE LA MUJER CON SU MALETA. POSTRERAMENTE SE ESCUCHA LA PITADA DEL BARCO YA MÁS CERCANO.

ESCENA XVI

EL HOMBRE HA QUEDADO SOLO EN UN CLIMA ENRARECIDO, COMO EN UNA PESADILLA, CUANDO LA RISITA HIRIENTE DE LA JOVEN LO SACA DE SU ENSIMISMAMIENTO.

LA JOVEN- No ha entendido nada, profesor. La única obra realmente perdurable es la familia y los hijos.

EL HOMBRE- Lo que yo ofrezco va más allá.

LA JOVEN- Ilusiones, profesor.

EL HOMBRE- La literatura...

LA JOVEN- INTERRUMPIENDO- Su literatura ya está muerta y enterrada.

EL HOMBRE- ¡Muerta y enterrada estás vos! Pero yo no. Esa es la diferencia.

LA JOVEN- RÍE- No es mucha. Mirate: viejo, enfermo y solo.

EL HOMBRE- Una crisis. Ya pasará. Como pasaron otras.

LA JOVEN- Los diarios rechazan tus colaboraciones.

EL HOMBRE- Cosas del mercado literario. Lo bueno igual perdura.

LA JOVEN- IMPLACABLE- Justamente, las nuevas generaciones no te leen.

EL HOMBRE- Vaya descubrimiento. Esos no leen nada.

LA JOVEN- Peor, leen a otros.

EL HOMBRE- Cosas de la difusión; me conocen poco.

LA JOVEN- Lo conocen, profesor, pero no les gusta.

EL HOMBRE- ¿Ah... sí? ¿Cómo lo sabés?

LA JOVEN- Dicen que la literatura es un mundo en sí mismo; que no precisa del mundo real para existir. ¿Se da cuenta, profesor? Su obra, sin el mundo real que describe, no existe.

DESAPARECIENDO - ¡Murió!

EL HOMBRE- Ah... leíste sus revistas. Para ellos el arte es un juego y entonces juegan siempre; publican versitos fáciles sobre obras serias, que otros frivolones recogen y difunden...

LA JOVEN- REAPARECIENDO EN OTRO LUGAR- "Escribió cuentos dramáticos/ sumamente dolorosos/ como los quistes hidáticos... SE ESFUMA NUEVAMENTE

EL HOMBRE- BUSCÁNDOLA- ¡Ahí está el versitos! Pero no es así, jovencita, no es así. El arte es un trabajo duro y serio que lleva toda una vida. Un trabajo que no está al alcance del primer desocupado que fracasa en otros, los simples y comunes...

LA JOVEN- REAPARECIENDO EN EL LADO OPUESTO- "Hizo hablar leones y osos/ caimanes y jabalíes/ la selva puso a sus pies... "

EL HOMBRE- ALZANDO LA VOZ- El arte nace de la vida. Y a la vida tiene que volver cada vez que pierde su camino. ¡Y si la vida no es un juego, carajo, tampoco lo puede ser el arte!

LA JOVEN- "La selva puso a sus pies/ hasta que un autor inglés/ Kipling/ le puso al revés/ ¡los puntos sobre las íes!" RIE CON GANAS, PARA DESAPARECER NUEVAMENTE.

EL HOMBRE- CANSADO, SE AGARRA EL BAJO VIENTRE- ¡No te rías! Mi literatura está hecha con pedazos de nuestras vidas. Tu gracia, tu amor, nuestro amor, nuestros hijos... y hasta tu muerte aparecen y reaparecen una y otra vez en mis relatos...

PAUSA- LA BUSCA. SILENCIO- ¿No tenés nada que decir? ¿Y los jóvenes como vos? ¿Qué dicen los jóvenes de mí? ¿Qué dirán más adelante? Vos podés saber. ¿Qué pasará con mi obra de aquí cuarenta o cincuenta años? ¡Decímelo! ESPERA

AFANOSO, MIRANDO ALREDEDOR COMO UN CIEGO- Ni una voz... nada... ¿nada? ¡¿Eso es lo que querés de decir?! ¡¿Nada?! -EL DOLOR DEL BAJO VIENTRE LO DOBLA SOBRE SÍ MISMO CAYENDO DE

RODILLAS- ¡Ah... como me gustaría volver un momento de aquí medio siglo! Regresar de la muerte solo para saber que sobrevivió al tiempo. Conocer de una vez por todas que sitial ocupa la obra de los que hoy me niegan... ¡y la mía!

QUEBRADO POR EL DOLOR INTENSO, GIMIENTE- Ana María... Ana María ... ¿por qué...?

LA JOVEN- REAPARECIENDO, TRISTE- Se lo contaste a ella.

EL HOMBRE- Se lo debía: ella existe.

LA JOVEN- Pero no le dijiste todo.

EL HOMBRE- Casi todo...

LA JOVEN- Cuando me moría te encerraste en el taller y te negaste a verme...

EL HOMBRE- No sabía que era la última de nuestras batallas... Yo... tenía esperanzas.

LA JOVEN- Te llamaba y vos oías mis gritos. Los vecinos no podían soportarlos. Uno intercedió por mí... pero vos, igual te negaste a verme.

EL HOMBRE- Pero fui. Y nos abrazamos. ¡Nos abrazamos llorando!

LA JOVEN- Al quinto día, recién. Eso, no se lo contaste.

LA LUZ DISMINUYE RAPIDAMENTE AL TIEMPO QUE TORNA A OÍRSE EL "VA PENSIERO" VERDIANO.

ESCENA XVII

LA MUJER, VESTIDA CON DISCRETA ELEGANCIA, LEE UNA CARTA FRENTE A LA PEQUEÑA MESITA. SOBRE ELLA, ADEMÁS DE LA MÁQUINA HAY UNA JARRA Y UN VASO. A MEDIDA QUE

VA LEYENDO LA LUZ DESCUBRE A EL HOMBRE QUIEN LA
ESCUCHA SENTADO SOBRE UNA SILLA BLANCA. LEJANO, SE
ESCUCHA EL CORO VERDIANO DE LA ESCENA I

LA MUJER- "Buenos Aires. Febrero de 1937. Cinco meses de hospital es demasiado, aún para mí. Pero lo peor ya ha pasado. Nada que ver con los comienzos de la internación. Una retención vesical me tuvo en un alarido desde las 2 hasta las 6 de la mañana. Con todo este infierno la mente queda algo turbia. Ahora, tengo una sonda permanente a la espera de la operación prostática, que se va postergando y postergando.... Estoy en una piecita, solo, pudiendo salir y volver a cualquier hora... CON CIERTA SATISFACCIÓN- ... aquí me reencontré con mi mujer que me atiende como en los buenos tiempos... "INTERRUMPE LA LECTURA AL ESCUCHARSE NITIDAMENTE EL CORO ¿Cantan...?"

EL HOMBRE- En la sala de las hermanas de caridad.

LA MUJER- ¿Querés que les pida...?"

EL HOMBRE- No; ya tengo demasiados privilegios.

PAUSA. AMBOS ESCUCHAN.

LA MUJER- Lo hacen bien ¿verdad?

EL HOMBRE- TRADUCIENDO LO CANTADO- "De prisa hacia las queridas orillas/ hacia la dulce patria/ avanzad pensamientos/ aliviad del siervo el dolor... "

EL CORO PARECE ALEJARSE. ELLA RETORNA A LA LECTURA.

LA MUJER- "Les agradezco las noticias de mi reincorporación a la literatura uruguaya. Me alegro, al fin y al cabo, hasta los elefantes van a morir donde dieron sus primeros trotes...

EL HOMBRE -INTERRUMPE, LEVANTÁNDOSE- Está bien. Después la sigo escribiendo. Ahora, quiero salir.

LA MUJER- ¿Salir? ¿A esta hora?

EL HOMBE- Voy a visitar a mi hija; está buscando empleo y llega tarde...

LA MUJER- Eglé. ¿Cómo está?

EL HOMBRE- Sola, pero bien... Pero salgamos juntos, te acompaño hasta el portón... SALEN LENTAMENTE- No tardaré mucho; ella vive cerca.

LA MUJER- Te vi en el jardín, hablabas con el médico de sala.

EL HOMBRE- Lo de siempre: de una vez por todas quiero saber cuando me operan.

LA MUJER- ¿Y qué te dijo?

EL HOMBE- Le hablé con precisión, en su propio lenguaje. "Doctor, no me gustaría pasar por otro tenesmo vesical y menos por el infierno de una nueva cistocopia..."

LA MUJER- ¿Y que te contestó?

EL HOMBRE- "Como en sus cuentos, don Horacio, las palabras y el vocabulario justo". MENEANDO LA CABEZA, SATISFECHO.

SALEN ¿Te das cuenta? Me había leído el muchacho...

ESCENA XVIII

IGUAL DISPOSICIÓN QUE EN LA ESCENA ANTERIOR. LA JOVEN OCUPA EL LUGAR QUE ANTES LA MUJER Y COMO AQUELLA LEE UNA DE LAS CARTAS DE EL HOMBRE QUIEN, LUEGO, REGRESA.

LA JOVEN- ¿Es usted como yo víctima del recuerdo? Las lecturas de mi primera juventud persisten en mí, tanto que hoy no me atrevería a juzgar un libro de aquellos que han moldeado mi alma en lava ardiente. Pese a todos mis oficios, a mi amor y dedicación a la tierra, cuando oigo hablar de literatura me crispo, me siento como una vieja armadura que, de pronto, oyera relatar en voz baja una acción de guerra... No sé si en algunas de estas cartas les he recordado dos versos de D'Annunzio que me han parecido siempre extraordinarios: "Lontano come un grande passato dolore/ grande come un passato, lontano amore..."

EL HOMBRE- ENTRANDO- Indiscreta y confianzuda, como siempre.

LA JOVEN- Como siempre, no; como la otra.

EL HOMBRE- SONRÍE LEVEMENTE- "Passato dolore"

LA JOVEN- ¿Y "el grande, passato amore" quién es? ¿Ella o yo?

EL HOMBRE- D'Annunzio.

PAUSA

LA JOVEN- Lograste acorralar a uno de los médicos jóvenes.

EL HOMBRE- Me conocía, me había leído... macanudo el muchacho.

LA JOVEN- Palabra va... palabra viene, lo llevaste al patio.

EL HOMBRE- Tengo debilidad por la ciencia.

LA JOVEN- LUEGO DE UNA PAUSA- ¿Y... ?

EL HOMBRE- Charlamos como amigos de toda una vida.

LA JOVEN- Vamos... ¿qué lograste? ¿qué dijo sobre tu estado?

EL HOMBRE- Cáncer.

PAUSA

LA JOVEN- Hiciste bien en visitar a nuestra hija.

EL HOMBRE- Paseamos, miramos vidrieras. La única vez que me dio rabia y pena no poder comprar lo que allí se mostraba. La vida es dura con ella. Y con Darío también... con Darío también.

LA JOVEN- Antes de regresar, entraste a una farmacia...

EL HOMBRE- SACANDO UN SOBRE PEQUEÑO- ... Sí, compré un remedio.

LA JOVEN- ¿Un remedio...?

EL HOMBRE- Para el mucho sufrir

LA JOVEN- ¿Te vienes conmigo?

EL HOMBRE- Inés invita a Brand.

LA JOVEN- Y dale con la literatura.

EL HOMBRE- En verdad, no sé. Siempre me gustó la vida.

LA JOVEN- Tan duro con los demás y tan blandito contigo mismo.

EL HOMBRE- ¿Ves? Brand, otra vez.

LA JOVEN- Olvídate de tu lben. ¿0 tenés miedo?

EL HOMBRE. Francamente, no. De aquí en adelante todo será sufrimiento y degradación. Si ya no puedo hacer más nada ¿para qué seguir?

LA JOVEN- Algunos suspiran por un poco más de plazo.

EL HOMBRE- Después que consideré cumplida mí obra, yo no. La muerte es un descanso. Esperanzas de olvidar dolores, aplacar ingratitudes, purificarse de desengaños, borrar las heces de la vida ya demasiado vivida, infant

LA JOVEN- Entonces... ¿te espero en Iviraromí?

EL HOMBRE- "Iviraromí"... te enamoraste del nombre.

LA JOVEN- Así se llama el paraíso.

EL HOMBRE- No me digas que de veras existe.

LA JOVEN- Existe y es obra suya, profesor.

EL HOMBRE- VA HACIA LA MESA, LENTO, Y CON CIERTA
RESIGNACION VACÍA EL CONTENIDO DEL PEQUEÑO
SOBRE EN EL VASO- Acordate, me prometiste el paraíso.

MIENTRAS ELLA RETROCEDE HACIA EL FORO, LENTAMENTE, SIN
DEJAR DE MIRARLO, RECOMIENZA EN ALGUN LUGAR EL CORO
VERDIANO.

LA JOVEN- Con una sola condición.

EL HOMBRE- Todo sea por el paraíso.

LA JOVEN- No habrá regreso.

EL HOMBRE- Nos quedaremos en Iviraromí, niña mía. Nos quedaremos para siempre.

LEVANTA EL VASO MIENTRAS LAS VOCES DEL CORO LO GANAN
TODO.

TELON